

Carta pastoral de los obispos suizos  
para la Fiesta federal  
de acción de gracias, de penitencia y de oración 2009

## **Llamada a la reconciliación**

Se leerá esta carta pastoral durante las Misas del Ayuno federal  
(19 y 20 de septiembre de 2009).

**Para la lectura de la carta pastoral:**

1. No se leerán los intertítulos.
2. Los textos en letra cursiva pueden ser leídos por un lector.
3. Se pueden omitir los textos entre [].

¡Queridos Hermanos y Hermanas!

Noche tras noche, el telediario nos enseña guerras y conflictos: en Oriente Medio, en África y en Asia. Estos conflictos provienen a menudo del odio y de la intransigencia. La ONU, que busca promover la paz en el mundo, ha declarado 2009 año de la reconciliación. Este año es también el del 40 aniversario de nuestra Comisión “Justicia y Paz”. Como su nombre lo indica, ha sido creada para laborar por la justicia y la paz, por la reconciliación en el mundo y en nuestro país. En el día de la Fiesta federal de acción de gracias tenemos la ocasión de reflexionar sobre lo que aún merece una reconciliación y sobre lo que podemos y debemos emprender para ello, en nuestro país y en nuestra vida.

### **1. Nuestro país y nuestras vidas necesitan una reconciliación**

En Suiza, no todo es armonía. Existen tensiones entre Suizos e inmigrantes, entre la Suiza alemana y la Suiza de lengua francesa; existen conflictos y acoso psicológico en el trabajo, disputas entre políticos y entre partidos políticos. Más cerca de nosotros, tenemos discusiones en nuestras propias familias, hay desavenencias entre padres e hijos, disensiones

en torno a una herencia. Muestra de ello es el número creciente de divorcios. Como obispos nos llaman particularmente la atención la incomprensión, incluso la intransigencia existente entre católicos debida a una concepción divergente de nuestra fe, las controversias en las parroquias y en nuestras diócesis. La actitud del Papa en favor de una reconciliación con los integristas, a principios de este año, nos ha recordado la fractura profunda que vive nuestra Iglesia desde el Concilio. Vivimos en una sociedad y en una Iglesia que no están reconciliadas.

## **2. Dios quiere hacernos el don de la reconciliación**

Sin embargo Dios ha querido ofrecernos la reconciliación y la paz por medio de su hijo Jesucristo. San Pablo lo recalca sin descanso, él, que ha sido víctima de conflictos entre Judíos y Cristianos y entre diferentes tendencias en las comunidades cristianas. Sus epístolas más largas y más afectadas son sus epístolas de reconciliación: la epístola a los Romanos, las dos epístolas a los Corintios, la epístola a los Gálatas.

[El principio de la epístola a los Colosenses también menciona el acto de reconciliación de Dios:

*“En Cristo decidió Dios que residiera la plenitud.  
Por medio de él quiso reconciliar consigo todo lo que existe,  
restableciendo la paz por la sangre de la cruz  
tanto entre las criaturas de la tierra como en las del cielo.  
Antes, a causa de sus pensamientos y sus malas obras,  
ustedes eran extraños y enemigos de Dios; ahora, en cambio,  
por medio del cuerpo carnal de Cristo, entregado a la  
muerte, han sido reconciliados y presentados ante él:  
santos, intachables, irreprochables.” (Col 1, 19-22)]*

La epístola a los Efesios habla expresamente del “muro de la hostilidad” que separaba el pueblo de Israel de los paganos y que Cristo derribó:

*“Porque Cristo es nuestra paz, el que de dos pueblos hizo uno solo, derribando con su cuerpo el muro divisorio, la hostilidad; anulando la ley con sus preceptos y cláusulas, reunió los dos pueblos en su persona, creando de los dos una nueva humanidad; restableciendo la paz. Y los reconcilió con Dios en su solo cuerpo por medio de la cruz, dando muerte en su persona a la hostilidad.” (Ef 2, 14-16)*

Estos textos nos lo dicen: la reconciliación es obra de Dios y don gratuito de su parte. Jesucristo nos ha traído la

reconciliación muriendo sobre la cruz para todos los hombres sin distinción. Así pues la reconciliación con Dios permite también una reconciliación entre los humanos. El Concilio lo recalcó:

*“La Iglesia, por su parte, está en Cristo como un sacramento o, también, una muestra y un recurso para realizar la unión íntima con Dios y la unidad de todo el género humano... A la Iglesia, este deber se lo imponen las condiciones actuales con una urgencia creciente: en efecto es importante que la comunidad humana, cada vez más estrechamente unificada por múltiples vínculos sociales, técnicos, culturales, pueda igualmente alcanzar su plena unidad en Cristo.” (LG 1)*

Como Iglesia y en calidad de bautizados, tenemos una misión de reconciliación. Esta misión tiene un carácter aún más urgente hoy en día, en nuestro mundo globalizado pero no reconciliado. ¿Que podemos hacer nosotros para la reconciliación?

### **3. Entregarse en favor de la reconciliación**

Es ilusorio soñar con grandes acciones internacionales de reconciliación o de paz. Debemos actuar donde podemos verdaderamente hacer algo: con nuestros allegados, en los

círculos familiares y amistosos, en nuestro trabajo, en nuestra parroquia y también en un contexto político y eclesial más amplio. Nuestros esfuerzos de reconciliación y nuestros posibles logros a este nivel tendrán repercusiones en otra parte.

[Pensemos en este día de ayuno y de oración en las palabras de un gran escritor suizo: “Es en casa que debe comenzar lo que brillará en la patria.” (Jeremías Gotthelf)]

#### *a. Reconciliación consigo mismo*

Cualquier reconciliación empieza consigo mismo. Debemos en primer lugar reconocer nuestros propios errores. Debemos intentar entender los motivos de un litigio entre nosotros y los demás, entre los demás y nosotros. Santiago, en la lectura de hoy, nos da una pista de reflexión:

*“Donde hay envidia y rivalidad, allí hay desorden y toda clase de maldad. ¿De dónde nacen las peleas y las guerras, sino de los malos deseos que siempre están luchando en su interior? Ustedes quieren algo y si no lo obtienen asesinan, envidian, y sí no lo consiguen, pelean y luchan. No tienen porque no piden. O, si piden, no lo obtienen porque piden*

*mal, porque lo quieren para gastarlo en sus placeres.”*  
(Santiago 3,16; 4,1-3)

Aunque escrito desde hace ya casi dos mil años, este texto describe un cuadro de costumbres que puede invitar aún hoy en día a un examen de conciencia: ¿con quién, por qué estoy enfadado, por qué lo hago girar todo alrededor mío, a mi visión de las cosas, a lo que deseo y a lo que quiero?

En el Evangelio, Jesús nos ha dicho lo mismo de otra manera. Cuando sus discípulos discutían por saber cuál era el más grande,

*“Jesús se sentó, llamó a los Doce, y les dijo: El que quiera ser el primero, que se haga el último y el servidor de todos. Después llamó a un niño, lo colocó en medio de ellos y lo acarició”. (Mc 9, 35-36)*

Los niños discuten a menudo, pero se reconcilian rápidamente y no son rencorosos. Por eso, Jesús nos invita a recibir el reino de Dios como lo hace un niño pequeño (cf. Mc 10,15). Como un niño, debemos acercarnos sin rencor a las personas con quienes hemos discutido y reconciliarnos con ellas. ¿Como es posible?

*b. Reconciliación y perdón*

Conflicto e intransigencia resultan a menudo de profundas heridas del pasado. Abren zanjas, erigen muros entre los que han sido heridos y aquellos que los han herido.

A menudo ya no nos hablamos. Es importante curar ese pasado para que haya reconciliación. La curación es posible en el perdón, perdonando y pidiendo perdón. No es suficiente con querer olvidar o apartar una herida. El olvido es una cuestión de memoria. El perdón es un asunto de corazón que necesita tiempo, a veces mucho tiempo para progresar. Primero tengo que aceptar la situación y percibir con claridad que parte de responsabilidad tengo yo: cómo he herido a los demás y por qué me han herido. Cuando no hay reconciliación, generalmente se comparte responsabilidad, y a menudo soy responsable. En cuanto he reconocido esto, puedo lamentar mi falta: no se trata de dejarme torturar por el remordimiento o de derrumbarme moralmente sino de reconocer honestamente el haber herido a alguien.

Superada esta etapa, tengo que ir hacia el otro, confesar mi falta y pedirle perdón. Pero no es fácil. Generalmente sé cuando debo dar el paso; pero me cuesta admitirlo. ¡Que me ayude entonces la idea que no soy el primero en dar el primer paso, porque Dios ya lo ha hecho antes que yo! Dios me propone la reconciliación y el perdón.

*c. El perdón es un don de Dios*

Escuchemos nuevamente a San Pablo:

*“Dios estaba, por medio de Cristo, reconciliando el mundo consigo, sin tener en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos el mensaje de la reconciliación. Somos embajadores de Cristo y es como si Dios hablase por nosotros. Por Cristo les suplicamos: déjense reconciliar con Dios.” (2 Co 5,19-20)*

Con el apóstol, nosotros, obispos, os exhortamos a descubrir de nuevo esta reconciliación y el perdón de Dios.

*[d. Diferentes formas de reconciliación*

Existen hoy en día en la Iglesia tres formas de celebración del perdón. Una de ellas es la celebración comunitaria donde la palabra de Dios nos invita a la conversión, al reconocimiento y al arrepentimiento de nuestras faltas y durante la cual Dios nos concede la reconciliación. Es el caso al principio de cada misa. Otra forma es poder, durante una celebración penitencial, reconocer nuestras faltas a un sacerdote que nos de luego la absolución. La tercera forma es la más personal: consiste en ver a un sacerdote para reconocer ante Dios mis

faltas y manifestar mi contrición. Dios, por el intermediario de su sacerdote, puede entonces asegurarme de que me ha perdonado mis pecados. Cuando se quita así la piedra o el muro del camino, podemos ir hacia los demás con un espíritu de libertad y de reconciliación.]

### ***3. La reconciliación es comunicativa***

Estamos convencidos de esto: cuanto más numerosos sean los que acogen la reconciliación que Dios nos ofrece, más se extenderá la reconciliación entre las personas. Un hombre reconciliado con Dios, y por consiguiente consigo mismo, ofrece a los demás la reconciliación de manera comunicativa.

Deseamos que la Iglesia en Suiza y que nuestro país se conviertan en ejemplos y en fermentos de reconciliación. Rezamos para esto. Como bautizados tenemos la misión de ser embajadores de la reconciliación propuesta por Dios. Nuestro pequeño país neutral pero abierto al mundo tiene, quizás más que otro, la vocación de trabajar por y para la reconciliación.

Que Dios os bendiga, a vosotros y a vuestras familias.

Vuestros obispos suizos.